BIBLIOTECA
PARA USO
DE TODO EL MUNDO
POR
F. S. y S.
LXVIII.
Ni fe sin obras, ni
obras sin fe.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

NI FE SIN OBRAS, NI OBRAS SIN FE.

ESTA es la fórmula verdadera del verdadero Catolicismo. Pregunta la doctrina cristiana: «¿Cómo se alcanza la gloria del cielo?» Y contesta: «Con el santo Bautismo, y *creyendo y practicando* la doctrina cristiana.» Se vive, pues, cristianamente sólo de esta manera, creyendo y practicando. Es decir, con fe de cristiano y con obras de cristiano. Ni basta fe sin obras buenas, ni basta obras buenas sin fe.

No lo predican así dos clases de

enemigos que hoy mas que nunca asestan sus tiros contra la Iglesia de Cristo y trabajan en el mundo por cuenta de Satanás.

Dice el Protestantismo: «Basta la fe, sin necesidad de obras ni de Sacramentos. Cree, y serás salvo sin necesidad de otro mérito alguno, que todos los ganó Cristo por ti.»

Y sale por el lado opuesto el Racionalismo disfrazado de honradez y hombría de bien, y dice: «¿Creer? ¡Ca! Déjense Vds. de cuentos. No hacer mal á nadie y hacer bien á todos, esta es la única religión.»

He aquí dos pareceres, opuestos al parecer, y de los cuales el uno diríase refutación del otro. Y sin embargo, en el fondo disparan sus tiros contra una misma cosa. El protestante, asegurando que sólo es necesaria la fe, y el racionalista, falso hombre de bien, ase-

gurando que sólo son necesarias las obras, yerran ambos por la mitad: porque ni la fe sola basta, ni las obras solas bastan, sino que, según enseña la verdadadera Religión cristiana, la fe debe completarse con las obras, y las obras deben estar basadas sobre el fundamento de la fe.

Dicen los protestantes: «Basta creer: no hay necesidad de obra alguna para procurarnos méritos, porque todos nos los ganó Jesucristo.» Grosera mentira, bien que encubierta y disfrazada con una hermosa sombra de verdad. Jesucristo nos ganó con su Sangre divina el derecho á la gloria, pero á condición de que cada uno de nosotros hiciese propios los méritos de Él por medio, no de la fe sola, sino de la fe y de las buenas obras. De lo contrario el cielo se nos daría de balde y como regalado, cuando no es así, sino que se

nos manda ganarlo á punta de lanza y á costa de nuestro trabajo.

¿Quieres de esto abundantes testimonios? Pues la Biblia nos los ofrece á cada paso, y cierto es cosa de extrañar no los sepan ver los protestantes, que á todas horas la traen entre manos. He aquí los más notables:

Si el impío hiciere penitencia de sus pecados y guardare mis mandamientos y obrare según ley y justicia, vivirá y no sufrirá la muerte eterna. Así habla Dios á su pueblo por medio de Ezequías.

Jesucristo al referir en su Evangelio la sentencia final que dará Dios Padre á los buenos y á los malos, la funda no en que hayan creido ó dejado de creer, que esto se da por supuesto, sino en lo bueno que obraron ó dejaron de obrar. Así dirá á los justos: *Venid, benditos de mi Padre, á to-*

mar posesión del reino celestial... porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era peregrino y me hospedasteis, estaba desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitasteis, encarcelado y vinisteis á verme. (Matth. xxv, 35, 36). Y al revés, funda la sentencia de los malos en no haber cumplido estas obras de misericordia.

Jesucristo, al preguntarle un joven qué debía hacer para salvarse, le contestó sencillamente: *Si quieres entrar en el cielo guarda los Mandamientos.* (Matth. xix, 17).

Ahora bien, los Mandamientos pertenecen á lo que se ha de obrar, como el Símbolo pertenece á lo que se ha de creer. Luego no solamente es preciso creer, sino que además es preciso obrar.

Ved lo que escribe San Pablo á los

romanos (II, 13): *No serán reputados justos ante Dios solamente los que oyeren ó supieren su ley, sino los cumplidores de ella.*

Y el apóstol San Jaime oid lo que asegura en otra Epistola (II, 24): *Por las obras se justifica el hombre y no por la fe tan sólo... porque la fe sin las obras es fe muerta.*

El mismo San Pablo añade en otro lugar (*I Corinth.* XIII, 2): *Si tuviese tanta fe que trasladase de un sitio á otro las montañas, y no tuviese caridad* (que pertenece á las buenas obras), *nada soy.*

¡Creer tan sólo! oye lo que dice San Jaime: *También creen los demonios y tiemblan.* (Jacob. II, 19).

Esto, amigo lector, es decisivo.

¿Qué nos dicen la razón natural y el mismo sentido común? Lo mismo. Escucha bien. Si la fe sin las obras bas-

ta, será indiferente que las obras sean buenas ó malas, porque en rigor no habrá esta distinción entre malas y buenas. Cómo crea mucho el hombre, tiene carta blanca para todo: ¡viva la libertad! Que robe ó haga limosna, que alabe á Dios ó le blasfeme, que guarde fidelidad en el matrimonio ó cometa mil adulterios, que sea puro como San Luis ó lujurioso como Tiberio, todo es igual, todo le sale á cuenta del mismo modo. Procure creer mucho en Cristo: nada más se exige de él. Dime ahora, ¿no es esto barrenar toda moral, destruir toda religión, hacer servir á Cristo Dios de cómplice y encubridor de todas las fechorías? ¿Es posible con esto honradez alguna? ¿Es posible la misma civil sociedad? ¿Para esto ha prometido Dios un cielo y amenazado con un infierno? ¿Para esto ha intimado que pediría severísima cuen-

ta no sólo de las acciones, sino de las palabras, hasta de las ociosas, y hasta de los más ocultos pensamientos? ¿Para esto ha dicho que acusaría de fornicario basta al que con mal fin pusiese solamente los ojos en una mujer? ¿Para esto ha prometido recompensas hasta al que diese un vaso de agua fresca en su nombre? ¿Quién falta aquí á la verdad, quién miente aquí? ¿Cristo ó Lutero? ¿El Evangelio ó los protestantes?

Me parece no se necesita más para que vea cualquiera como no basta creer solamente para ser bueno y salvarse, como predican los luteranos, sino que es preciso creer y practicar, tener fe y obras, como enseñan Cristo y la Iglesia católica.

Vayamos ahora á los otros del día, á los que sólo tienen por buenas las obras, y dicen que para nada aprove-

cha la fe. Dicen ellos: «Importa poco tener esta ó la otra creencia, ó no tener ninguna. Lo que importa es ser hombre de bien. No hacer mal á nadie y hacer bien á todos, ésta es la mejor religión.»

Falso, falso, falso. Diabólico error como el otro, y tal vez más perjudicial. No basta la fe sin las obras, pero tampoco bastan las obras sin la fe. La fe está mandada en todas las páginas de la Sagrada Escritura, como condición indispensable y primordial para la salvación. Oye bien.

Dijo el Salvador á sus Apóstoles al enviarlos á todo el mundo (Marc. XVI, 15): *Predicad el Evangelio á toda criatura; quien creyere será salvo; quien no creyere se condenará.* ¿Puede darse lenguaje más terminante?

Id, é instruid á todas las gentes, les dijo según San Mateo (*Matth.* XXVIII,

v. 19, 20), *bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado.* Y en estas cosas se contienen no sólo preceptos que cumplir, sino también creencias que profesar.

El primer precepto del Decálogo contiene la obligación de *Amarás á tu Dios y Señor y á Él solo servirás.* ¿Es, pues, indiferente creer en esta ó aquella religión? ¿Es indiferente ser idólatra ó cristiano, ser católico ó judío?

¿A qué vino nuestro Divino Salvador al mundo? Aparte de la obra inefable de la Redención vino á enseñar.

¿Y qué enseñó? Enseñó dogmas y preceptos. Dogmas para que fuesen creídos; preceptos para que fuesen practicados.

—¿Se ha de creer, pues?

—Sí.

—¿Y qué se ha de creer?

—Todo lo que enseñó Cristo y sigue enseñando la Iglesia, heredera de su autoridad.

—¿Y no vale lo mismo dar un pedazo de pan al pobre porque sí, ó dárselo porque lo manda Jesucristo?

—No, no vale lo mismo.

—¿Por qué razón?

—Porque en lo primero no hay más que un acto de beneficencia material del hombre por amor del hombre, y en lo segundo hay un acto de caridad moral y teológica, es decir, del hombre por amor de Dios.

—¿Y el que hace obras buenas haciendo alarde de incredulidad y sólo por su buen natural, peca?

—Peca, no por estas obras que en sí no son pecados, sino por su pecado de incredulidad. Además dichas obras, por buenas que en sí sean,

como no son más que humanamente buenas, no sirven al hombre para ganarle el cielo, porque para merecer premio divino han de ser buenas divinamente.

—¿Y cómo se consigue esto?

—Sólo se consigue poniéndoles el sello de Cristo Hijo de Dios, es decir, haciéndolas por la fe en El y por la esperanza en El, y por el amor á El. Más claro. El reino de Cristo es recompensa sólo para las obras hechas según Cristo, y sólo son obras hechas según Cristo las que se hacen con el espíritu de Cristo.

—Y, pues, ¿qué serán las obras de beneficencia hechas por tantos que no tienen religión?

—Son obras de pobres paganos que á lo más tendrán cierta recompensa en esta vida, pero que ninguna relación tienen con el premio sobrenatural ó sea la eterna salvación.—

He aquí, amigo mio, condensado en este breve dialoguito lo que debes católica y razonablemente pensar sobre esta materia de tantos hombres de bien, que con todo y ser tenidos por tales en el mundo, serán ¡ay! rechazados como réprobos en el tremendo tribunal.

Creer es poner el fundamento del edificio, obrar es colocar las paredes y techumbre de él. Sin paredes y techumbre no hay edificio, por muy bien sentados que estén los cimientos; pero sin cimiento claro está que ni paredes ni techumbre se han de sostener.

Me río de esta fe estéril, que ningún fruto de piedad produce; hasta en lo humano se dice que obras son amores y no buenas razones. Corazón que no traduce en hechos lo que cree y lo que ama, no cree ni ama sino de bur-

las. No basta decir *creo*, y quedarse luego tan satisfecho cómo si nada más quedase por hacer. No, no se siguen de esta manera las banderas de los reyes de la tierra, ni se ha de seguir de esta manera la del Rey celestial. El soldado que por defender su bandera se contentase con decir: «Creo en ella, soy adicto á ella,» y no acudiese con el valor de su brazo á luchar por ella, no pasaría de ser un majadero bravucón. Creer conviene ante todo, está claro; pero creer para obrar.

Pero me río más aún de los que piensan que se puede ser bueno haciendo tan sólo algunas obras exteriores porque sí, sin ningún superior estímulo que las mueva, sin ningún fin de orden más elevado que las ennoblezca. ¡Ah! ¡Pocas y frías serán esas acciones que salgan de un corazón que

no las ha caldeado con el fuego de una firme creencia! Aun en lo humano las grandes acciones no son hijas sino de grandes convicciones, y sólo obra mucho quien mucho cree. Nunca se han obrado grandes hazañas en nombre de una bandera anónima. Nunca se ha movido el corazón por entusiasmo alguno si no se lo ha dado alguna idea firmemente profesada. ¿Y se quiere que las obras de la Religión y de la caridad, la guarda de las virtudes, el enfrenamiento de las pasiones, la castidad sin quiebras, el perdón de los enemigos (que todas éstas son grandes y costosas hazañas, se hagan sin el poderoso aliento de grandes ideas en el corazón? Enseñadme un hombre verdaderamente virtuoso fuera de la Religión, y os doy un ojo de la cara. No es mentira; los grandes sacrificios que exige la austera ley del deber no se

hacen sino mirando al cielo, donde han de ser juzgados. No hay de Dios abajo gloria alguna que merezca ser su recompensa, ni hay de Dios abajo poder alguno con cuyo temor se pueda evitar su infracción.

A. M. D. G.